

## La familia, primera educadora en virtudes

**A propósito de: PETIT DE MURAT, Mario José, *El amanecer de los niños*, 2ª edición, Bs. As., Vórtice, 2011, pp. 182.**

Escribimos esta reseña hoy en la festividad de Santo Domingo de Guzmán (8 de agosto) y pretendemos con ella honrar la obra de uno de sus hijos espirituales: el sacerdote argentino Fr. Mario José Petit de Murat, O.P.

*El amanecer de los niños* trata acerca de la fascinante tarea educadora de los padres, centrándose especialmente en el rol de la mujer, como esposa y madre. Son ella a quienes dirigiera el fraile las distintas locuciones.

En primer lugar, presentaremos al autor para aquellas personas que no lo conozcan, o bien, para refrescarle la memoria a los que tuvieron la dicha de conocerle. Mario José Petit de Murat nació en 1908, en Buenos Aires. A los 30 años de edad, ingresó en la Orden de Predicadores. A los 38, fue ordenado Sacerdote en San Miguel de Tucumán. Se desempeñó en el ámbito universitario, pero principalmente despuntó en su ejercicio ministerial, en la Confesión sacramental y en la Predicación, haciendo gala de su Orden.<sup>1</sup> Murió a los sesenta y dos años. Estaba entregando su vida en una Capilla en el campo tucumano.

En la década de 1950, durante un año, brindó una serie de charlas semanales sobre la crianza y educación de los hijos, que dieron lugar al libro que hoy reseñamos. La sabiduría de las palabras del Padre Petit permite que estén siempre vigentes. Hoy son incluso más valiosas frente al desconcierto de muchos adultos y la desorientación propia de los jóvenes y niños, que no encuentran quienes los guíen de manera adecuada y sepan orientarlos. Esta situación es fruto de haberse alejado del fundamento del hombre, la Fe en el único Dios verdadero, capaz de darle sentido a nuestras vidas. El autor va recorriendo las distintas edades que atraviesan los hijos y la misión indelegable, hoy tantas veces ignorada, que cumplen los padres con respecto a cada una de ellas. El sacerdote como buen pastor aconseja, especialmente a sus hijas, las madres de familia.

En la actualidad, tal vez, en contadas ocasiones, hemos de enarbolar los distintos valores, como la justicia y la generosidad, pero muchas veces, podemos caer en el error de verlos como algo utópico o alejado de la realidad; ideales aislados y no encarnados, como debieran. Las virtudes, en cambio, o mejor dicho los hombres virtuosos, las hacen carne. Una de ellas, que resalta nuestro autor, es la obediencia, la cual consiste en saber escuchar. Si nos atrevemos a penetrar en la definición etimológica, veremos que “virtud” es obedecer a la razón, siempre y cuando ésta sea fiel a los mandatos de Dios. Obediencia de la voluntad a la inteligencia iluminada por la Verdad. Obediencia de los alumnos a los maestros. Obediencia de los hijos a los padres, y porque no también hablar de obediencia dentro del Matrimonio. Y podríamos extenderlo a una recta obediencia en el orden social.

---

<sup>1</sup> Recomendamos, entre otras, la lectura de su obra: *El buen amor*, que también puede encontrarse en internet.

Dominio es ser señor, según la etimología. Aquel que ejerce un señorío. Dominio de sí mismo, eso es ser virtuoso. Dominación parece mala palabra, pero bien entendido es algo grandioso, y hasta nos animamos a decir, necesario. Una madre que domina a su hijo es aquella que ejerce su rol y su tarea heroicamente, como corresponde; que conduce al hijo, lo hace crecer conforme a la verdad y al bien, vela por él, haciendo el trabajo para el cual Dios la designó. Su tarea no es otra que ésta: hacer crecer al hijo como Dios quiere. Así podrán ser felices, la madre y sus hijos, y por supuesto su marido, cumpliendo la tarea que les fue asignada. Con estas ideas, el padre Petit nos ilumina desde sus prédicas, algunas de ellas compendiadas en el libro que estamos reseñando. Allí encontramos también la función necesaria del dominio: “El fuerte nunca grita. El fuerte con una mirada resuelve las cosas. Está con un dominio tan grande de sí, que basta con mirar y el otro ve que lo mira a lo hondo y lo está desenmascarando. Y la madre tiene que ser fuerte. La columna vertebral de la madre es la fortaleza” (98).

Por eso, ésta es una virtud necesaria para el bien de los hijos. Ella tiene que mostrarle que es posible adquirirla y, en este sentido, la abnegación de la mujer puede ayudar, a través de ejemplos tan cotidianos como tomar el medicamento aunque no guste, o comer un alimento que no sea del todo de nuestro agrado. Continuemos aprendiendo del fraile dominicano. La causa principal de la educación es el mismo educando, en este caso, el hijo desde niño, cuando alguno de sus padres, educadores principales, pueden fomentar la virtud y, de este modo, actualizar la potencialidad que trae consigo el hijo: “Y las madres, ¿pueden darle virtud a los niños? No. Eso es una cosa personal. La madre debe disponer el campo, para que cuando aparezca el uso de la razón, ya, con un paso más, esté en la virtud. Cuando esté en la adolescencia, que pueda colocar la virtud en él” (117).

En el libro, podemos atisbar también la complementariedad entre el varón y la mujer:

El opuesto me da lo que yo no tengo. Y después, ahí tienen la armonía entre hombre y mujer. El hombre tiene lo que no tiene la mujer, y la mujer lo que no tiene el varón. En todo sentido. El hombre tiene inteligencia discursiva, y la mujer tiene inteligencia práctica; y el espíritu y todo es distinto (121).

Esta época está marcada por el egoísmo y el individualismo, error gravísimo del cual pocos pueden escapar. La pregunta es: ¿cómo podrá la gente confiar en la Providencia, si ya no está Dios en el horizonte de sus vidas? Para responderla, queremos cerrar esta reseña citando al mismo Fr. Petit de Murat:

No es fácil ser madre. No se asusten, no es fácil pero están muy auxiliadas. Deben saber, para consuelo, que Dios ama a la madre, con el amor que ama a todas esas criaturas que están dependiendo de esa madre. Así que tengan muchos hijos. Si tienen tres hijos, las amaré como a cuatro. Y estará dispuesto a comunicar toda la inspiración y todas las luces que necesita para formar al ser humano. Y si tienen doce hijos, las amaré como a trece. ¡Miren ustedes! (37).

**Prof. Matías Navós Iglesias**